

DE LA MANO AL ARCHIVO. A GUIA DE PRÓLOGO

Antonio CASTILLO GÓMEZ

«Madre, madrecita, me voy a reunir con mi hermana y papá al otro mundo, pero ten presente que muero por persona honrada. Que mi nombre no se borre en la historia.»

Carta de Julia Conesa a su madre, agosto de 1939.

«Cuando regresamos fuimos recibidos bajo sospecha. Sentimos la conjura del silencio. Nos dimos cuenta de que no se sabía nada de nosotros ni de lo que habíamos hecho y que quienes lo sabían preferían ocultarlo.»

Andreatta y Pedrotti, presos militares, agosto de 1945.

Al escribir estas líneas participo del hálito que mueve algunas de las páginas más hermosas y descorazonadoras de autores como Bertol Brecht, Mario Benedetti o Eduardo Galeano. Recuerdo ahora el poema *Preguntas del obrero ante el libro o del trabajador que lee*, sobre todo cuando este se interroga por el contenido de las obras de historia y el olvido en ellas de los operarios que construyeron la Tebas de las siete puertas, de los albañiles que levantaron la gran muralla china o de los cocineros que siguieron a César en su campañas por la Galia. Una pregunta para cada historia, según el poeta y dramaturgo alemán. Pienso también en la agudeza intelectual y crítica del uruguayo Galeano y en sus continuas observaciones sobre la memoria impuesta por los vencedores, quienes, dice y con razón, establecen la suya propia como única y obligatoria, de tal modo que «el sistema nos vacía la memoria, o nos llena la memoria de basura, y así nos enseña a repetir la historia en lugar de hacerla».¹ Vacíos y silencios sobre los que

¹ Eduardo Galeano: *El libro de los abrazos*, Madrid: Siglo XXI, 1999^o, p. 109.

Benedetti hace poesía en un libro conmovedor, *El olvido está lleno de memoria* (Madrid, 1998).

Autores, en suma, inquietos por la voz y la memoria de los de abajo; escritores recelosos, y con razón, de la historia impuesta por los de arriba y de la complicidad servicial de tantos y tantos historiadores, amparados, a veces, en la excusa fácil de decir que la gente corriente ha sido mayoritariamente analfabeta y que, por ello, ha dejado menos huellas gráficas de su existir y vivir, menos testimonios de su intervención histórica. Qué duda cabe que esto tiene mucho de verdad, pero no tanta como para que desistamos del empeño a las primeras de cambio. Hobsbawm ha escrito, al respecto, que «gran parte de la historia de los de abajo es como el rastro del antiguo arado», pues, aunque «puede parecer que desapareció para siempre con los hombres que araron el campo hace muchos siglos», cualquier «fotógrafo aéreo sabe que, bajo cierta luz y desde cierto ángulo, las sombras de los caballones y los surcos olvidados hace mucho tiempo todavía son visibles».²

Visibilidad que se hace aún más significativa y elocuente cuando se reconcilia con los restos del naufragio, esto es, con el legado escrito de las clases subalternas. Después de todo, «las clases populares, menos hábiles para manejar lo escrito, no por ello vivieron sin representarse a sí mismas». Son palabras de la historiadora francesa Arlette Farge, quien las completa diciendo, con mucha razón, que «el archivo pone recursos en este sentido, tan solo hay que tomarse la molestia de buscarlos».³ Y precisamente esa fue una de las razones que me llevó, en 1999, a organizar el congreso sobre *Escritura y clases populares*, del que parten los textos que aquí se dan cita;⁴ aparte de otros, referidos en especial al ámbito español, que ya vieron la luz en una obra anterior: *Cultura escrita y clases subalternas: una mirada española* (Oíartzun: Sendoa, 2001).

Al convocar dicho encuentro era consciente de lo complejo y escurridizo de la materia tratada, entre otras razones porque también lo son los conceptos que se someten a discusión y estudio. En este sentido, los tiempos que corren, cada día más gobernados por el imperio de la «globalización ideológica» o del «pensamiento cero», según lo llama José Saramago, con sus efectos derivados sobre lo

² Eric J. Hobsbawm: «Sobre la historia desde abajo» [1985], en su libro *Sobre la historia* [1997], Barcelona: Crítica, 1998, pp. 212-213.

³ Arlette Farge: *La atracción del archivo* [1989], Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1991, p. 79.

⁴ Debo lamentar que, muy a mi pesar, la ponencia de Jean Hébrard no ha llegado a tiempo para esta edición. A cambio se ha añadido un texto que no fue presentado en el mencionado congreso: el de Martyn Lyons sobre los epistolarios de soldados franceses.

política e historiográficamente correcto, es probable que no sean los más receptivos ni para discursos que reclaman la propiedad del concepto *clase social* ni para ciertas miradas puestas en el acontecer escrito de los grupos populares o subalternos. Sin anticipar un debate y una problemática que tiene su debido reflejo en los trabajos que conforman esta obra, asumo, desde el principio, lo controvertido del término *clase* y de su aplicación como categoría de interpretación de las sociedades históricas; lo mismo que las polémicas que ha suscitado la voz *popular* en el ámbito de las prácticas culturales.⁵

No obstante, al hacerlo así también se quiso (y se quiere) apostar decididamente por el planteamiento, difusión e impulso de un campo de investigación poco frecuentado en la Academia Española, como puede constatarse echando un vistazo somero a la bibliografía citada a lo largo de esta obra. Si dejamos aparte ciertas indagaciones sobre las escrituras personales —libros de familia, libros de memoria— de las clases subalternas durante las épocas bajomedieval y moderna (Francisco M. Gimeno Blay, M.^a Luz Mandingorra Llavata, M.^a Teresa Palasí Fas, James Amelang, Antoni Simón, Manuel Peña o Xavier Torres), no es mucho más lo que podría citarse.⁶ En la mejor de las circunstancias, nada, desde luego, que se puede parangonar con la tradición acumulada en otras latitudes bien cercanas, como Inglaterra, Francia o Italia, donde la producción escrita de las clases populares no solamente ha despertado la inquietud de determinados historiadores, antropólogos, lingüistas y estudiosos de la escritura, sino que, en determinados casos, eso se ha visto rematado con la creación de archivos y centros destinados a la recuperación, salvaguarda y valorización de esos escritos. Aquí, las pocas iniciativas del género corresponden al Arxiu de la Memòria Popular de la Roca del Vallès (Barcelona) y al Archivo de la Escritura Popular de la Asociación Etnográfica Bajo Duero de Zamora, aunque también podrían englobarse dentro de la misma categoría otros centros donde igualmente se conservan testimonios escritos de la gente común (Museo del Pueblo de Gijón, Archivo de la Deportación de Castellar del Vallès, Arquivo da Emigración del Conselho da Cultura Galega).

El interés por la escritura y la memoria salida de manos campesinas, artesanas y obreras no parte de ninguna exaltación romántica del pueblo, sino que es, ante todo, la consecuencia directa de un modo de entender la historia empeñado con

⁵ Sirve de aproximación a cuanto esto ha dado de sí el libro *Cultura popular y cultura de masas. Conceptos, recorridos y polémicas*, dir. Ana María Zubieta, Buenos Aires, Paidós, 2000.

⁶ Para un repaso más detallado a la historiografía española sobre las escrituras populares, me remito a mi trabajo «Tras la huella escrita de la gente común», en *Cultura escrita y clases subalternas*, o. cit., ed. Antonio Castillo Gómez, pp. 9-34.

los de abajo y de una visión del oficio de historiador en términos de compromiso y conciencia política.⁷ Una actitud que se enfrenta radicalmente con otras posturas de algún modo gregarias de la que Marcelino Menéndez Pelayo sostuvo en su *Historia de los heterodoxos españoles*, al despreciar el testimonio de las mujeres, y, me atrevo a añadir, el de las clases populares, diciendo algo tan suculento como «que es preferible dejar dormir en el olvido estos asuntos que solo interesan al historiador de las costumbres, que busca satisfacer una curiosidad un tanto pueril». Sobra cualquier consideración: las palabras del erudito santanderino se desprestigian por sí mismas.

Pero para que nadie se alarme y lleve injustamente las mías a cualquiera de los establos partidistas donde la política suele abreviar, diré, siguiendo al historiador Josep Fontana, que, en el sentido que aquí la empleo, *politicización* significa: por un lado, «comprender que detrás de toda interpretación histórica hay siempre una “política”»; y por otro, «volver a dirigir nuestro trabajo al conjunto de los que nos pueden leer y nos escuchan, lo que nos obligará a hablar de aquello que puede importar a los más —de problemas reales de la sociedad y del hombre— y a hacerlo de forma que lo que escribimos les resulte comprensible».⁸ Es decir, retornar al historiador que se siente parte de un proyecto colectivo, feliz por «estar aquí en este mundo revuelto y cambiante, peligroso y bello, doloroso y sangriento como un parto, pero como el creador de nueva vida».⁹

Obsérvese, en todo momento, que hablo de escritura, memoria y clases populares. Con ello pretendo sacar a relucir la opción por una línea de investigación enraizada en el estudio de las apropiaciones efectivas del escribir por cada uno de los sujetos que se han servido de dicho instrumento de comunicación, indicando a la vez que las prácticas resultantes no son específicas ni exclusivas de las personas integradas en el universo social de las clases populares o subalternas. En efecto, lo que distingue dichas actividades de escritura no es tanto la condición social de las personas que las ejecutan, ocasionalmente o no, cuanto las maneras, los gestos y las formas que han gobernado su apropiación del alfabeto. Por lo tanto, si puede resultar discutible hablar de escritura popular como si esta constituyera un territorio distinto al de la común y colectiva odisea gráfica, deja de serlo cuan-

⁷ Sobre la historia en términos de responsabilidad con la gente común, téngase en cuenta Ranahit Guha: *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona: Crítica, 2002.

⁸ Josep Fontana: *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Barcelona: Crítica, 1992, p. 124.

⁹ Manuel Moreno Friginals: «La historia como arma», en *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*, Barcelona: Crítica, 1999, p. 22.

do lo que tratamos de averiguar es la relación que se ha dado a lo largo de la historia entre dichos grupos sociales y la tecnología escrita. Por lo mismo, tampoco me parece acertado establecer sin más una equiparación entre este territorio del escribir y las escrituras ordinarias, ya que estas, como luego expondré con mayor detalle, en la medida en que representan los usos más comunes del escribir, también afectan a otras categorías sociales que se salen fuera del ámbito de las clases subalternas.

Poner el concepto de *apropiación* en primer plano, según se viene haciendo en la más moderna historia cultural, nos lleva directamente a uno de los ejes que vertebran el presente volumen: la reconstrucción de algunas de las páginas compuestas por las prácticas y experiencias escritas de las clases populares. Después de todo, conviene no olvidar que, cuando hablamos de escritura, lo que realmente importa es el uso y la utilidad que le han dado las respectivas sociedades históricas, y, a la postre, lo que la gente hace con ella. Así podremos constatar cómo la conquista subalterna del alfabeto ha transcurrido entre el espacio de las coerciones escritas establecidas desde arriba por cualesquiera de los poderes instituidos, bien fuera para cumplimentar un impreso oficial, dirigir una instancia a la Administración, rellenar cualquier expediente o emitir un recibo; y las que nacieron como ejercicios reales de una auténtica «toma de la escritura», ya fuera para reclamar la mirada desde la superficie de un muro, para comunicarse con la familia o con la persona amada mediante una carta, para rememorar momentos del devenir en el espacio de un libro de memorias o para confesarse con uno mismo en el espejo íntimo de un diario. Por citar tan solo algunas de las prácticas escritas más habituales entre la gente común, como podrá verse por el abanico de estudios que dan cuerpo a esta obra.

En fin, una aventura esta de la reconstrucción de las prácticas populares de la escritura, que no pretende tanto «prestar sonido de voz a los mudos» ni siquiera «prestar letras a los analfabetos»,¹⁰ cuanto, sobre todo, recuperar los testimonios mismos de sus voces, sus palabras convertidas en escritura. Hacerlo en algunas de sus instantáneas es justo la empresa que se acomete en este libro, concebido también con el propósito de mostrar otras formas y maneras de hacer historia de la cultura escrita. Pues, si como apuntó Italo Calvino, «la verdadera historia de la escritura es la de la cursiva»,¹¹ qué duda cabe de que de

¹⁰ Las expresiones entrecuilladas son de Eduardo Haro Tecglen: *El refugio*, Madrid, El País/Aguilar, 1999, p. 205.

¹¹ Italo Calvino: «Antes del alfabeto» [1982], en *Colección de arena* [1984], Madrid: Siruela, 1998, p. 54.

cursivas andan rebosantes los escritos de la gente común, escrituras populares o del margen, según más adelante se verá.

* * *

Colofón: quiero, por último, dejar constancia de mi sincero agradecimiento a Verónica Sierra Blas por la ayuda que me ha prestado en la revisión final de las pruebas. Además, ha colaborado conmigo en la preparación de la bibliografía general y se ha encargado de elaborar el índice analítico que cierra este volumen.